

La Biblioteca de El Escorial según la descripción del P. Claude Clement, S. J.

- I. El P. Claude Clement, S. J., y su tratado de biblioteconomía.**
- II. La Compañía de Jesús y la Biblioteca de El Escorial.**
- III. La *descriptio* de la Biblioteca de El Escorial y sus puntos de conexión con la biblioteca ideal del P. Claude Clement.**
 - 3.1. Arquitectura y decoración de las tres salas.*
 - 3.2. Organización del fondo.*
 - 3.3. Formación de la biblioteca y ejemplares más notables.*
- IV. Apéndice.**

En un tratado de biblioteconomía del primer tercio del siglo XVII se incluye una descripción de la Biblioteca de El Escorial que, además de ser de interés para conocer mejor este centro, nos permite establecer relaciones con otras instituciones culturales y científicas que en ese momento se estaban creando en nuestro país, particularmente con los Reales Estudios del Colegio Imperial de Madrid.

I. EL P. CLAUDE CLEMENT, S. J., Y SU TRATADO DE BIBLIOTECONOMÍA

El jesuita francés Claude Clement publicó en 1635 un tratado de biblioteconomía de gran difusión en su época y que sirvió de pauta para la organización y decoración de numerosas bibliotecas del mundo católico. Su relación con España comienza cuando fue llamado por el rey Felipe IV para hacerse cargo de la cátedra de Retórica de los Reales Estudios que este monarca había creado en el Colegio Imperial de Madrid ¹. Los Reales Estudios se inauguraron en

1. Claude Clement nació en Ornans, condado de Borgoña, en 1596, si aceptamos los datos de Ribadeneyra («admissus est in Societatem anno 1612, cum ipse haberet aetatis 16»), aunque otros autores, como Sommervogel, consideran que nació hacia 1594. Fue profesor en los colegios de Dôle y Lyon, siendo llamado a Madrid para dar clase de Erudición en los Estudios Reales del Colegio Imperial. Murió en Madrid el 23 de diciembre de 1642, después de publicar diversas obras de interés político y de erudición histórica. Buena parte de sus obras permanecen inéditas en la Real Academia de la Historia.

1628, por lo que es muy posible que este tratado fuera enteramente redactado en España ².

Claude Clement explica en su obra la finalidad y organización de una biblioteca-tipo de la Contrarreforma. El catolicismo post-tridentino está en todo su apogeo, y la Compañía de Jesús es la defensora «oficial» de la ortodoxia católica. Esta orden religiosa, que nace como ejército espiritual del Papa en su lucha contra el protestantismo, trata de extender la fe por el mundo a través del confesionario, el aula y el púlpito. Para cumplir con este cometido, sabe que es imprescindible contar con personas cuidadosamente preparadas y que se inserten en la sociedad, y para ello deben contar con bibliotecas perfectamente organizadas y con un fondo en constante actualización.

El tratado se titula: *Musei, sive Bibliothecae tam privatae quam publicae Extractio, Instructio, Cura, Usus. Libri IV. Accessit accurata descriptio Regiae Bibliothecae S. Laurentii Escorialis* (Lugduni, 1635). El libro primero (extractio), con mucho el más amplio, estudia todos los aspectos referentes al edificio y estructura arquitectónica y decorativa de la biblioteca; incluye un sistema iconográfico-simbólico de gran difusión en las bibliotecas del ámbito católico contrarreformista.

El libro segundo (instructio) se dedica a la organización temática del fondo. Clement desarrolla aquí una tabla clasificatoria que nace en el ámbito de la Compañía de Jesús en la segunda mitad del siglo XVI, y que, a través de catálogos de bibliotecas y librerías, desemboca en la famosa clasificación de Jacques Charles Brunet, cuya utilización ha llegado hasta nuestros días.

Los otros dos libros son mucho más breves. El tercero (cura) se ocupa del funcionamiento de la biblioteca y de la figura del biblio-

2. Tanto Milkau, F., *Handbuch der Bibliothekswissenschaft*, Wiesbaden 1952-1961, t. III, 1, p. 590, como Rovelstad, M. V., «Claude Clement's pictorial catalog: a seventeenth-century proposal for physical access and literature evaluation», en *Library Quarterly*, 61 (1991). 176.177, citan una edición de esta obra de 1628 que, consultando los catálogos de las principales bibliotecas europeas y americanas, no he podido localizar. No aparece entre los fondos de la Biblioteca Nacional de Madrid, ni están reseñados en los catálogos impresos de la Bibliothèque Nationale de Paris, la British Library, ni tampoco en el *National Union Catalogue, Pre-1956 Imprints*. Si esa edición existió, debió tener muy escasa difusión.

tecario; el cuarto (usus) contempla la correcta utilización de la biblioteca como lugar idóneo para desarrollar el trabajo intelectual.

Como apéndice, Claude Clement presenta una descripción de la Biblioteca del Monasterio de El Escorial, que se había empezado a formar apenas cincuenta años antes, y que se había convertido ya en una de las más ricas bibliotecas europeas por la importancia de sus fondos³.

La razón por la que el P. Clement incluyó esta *Descriptio* en su tratado de biblioteconomía puede parecer obvia. El erudito jesuita acaba de conocer la Biblioteca de El Escorial y desea dejar constancia de su admiración. Pero diversas alusiones en el texto, especialmente en la dedicatoria a Felipe IV, y la organización iconográfica de la portada del libro, nos llevan a considerar que entre la Biblioteca de El Escorial y la obra que vamos a describir hay una relación más estrecha que la de simple admiración. O intentaremos demostrar que la obra del P. Clement, fue el camino que los jesuitas españoles buscaron para solicitar razonadamente al monarca español que instaurara en el Colegio Imperial de Madrid una biblioteca que se convirtiera, como la de El Escorial cincuenta años antes, en el palacio de sabiduría de la capital del reino, gloria de la monarquía, órgano de las fuerzas católicas en la lucha contra la herejía y cauce para que la verdadera religión pudiera extenderse por tierras de infieles.

II. LA COMPAÑÍA DE JESÚS Y LA BIBLIOTECA DE EL ESCORIAL

Durante la primera mitad del siglo XVI, la multiplicación de libros por medio de la imprenta transformó el concepto de biblioteca, surgiendo de nuevo la idea de que los fondos que guardaban debían ser utilizados por el mayor número de personas posible. Un concepto de biblioteca pública que había desaparecido desde la antigüedad clásica. Reyes y magnates construyeron magníficos edificios para albergar sus colecciones bibliográficas y favorecer su uso.

3. Recientemente la Biblioteca Nacional de Madrid ha realizado una edición facsímil de esta parte de la obra para conmemorar la inauguración de su Servicio de Documentación Bibliotecaria el día 10 de diciembre de 1992.

En España, las luchas que nuestro país mantuvo en toda Europa durante la primera mitad del siglo XVI, y la sangría económica que supuso la conquista de América, impidieron que, ni la monarquía ni ningún poderoso mecenas, pudiera fomentar la creación de una de estas bibliotecas. Fue Felipe II quien, apenas incorporado a la corona, decidió levantar un monasterio que sirviera a la vez como morada de sus últimos días, panteón de su familia y gran biblioteca real. La custodia de este conjunto fue encomendada a la Orden Jerónima.

Diversos eruditos del momento cuestionaron la decisión del monarca. Personas tan cualificadas como Jerónimo Zurita o Juan de Mariana dudaron del acierto en la elección del lugar en que se asentó la biblioteca real. En palabras de uno de los bibliotecarios jerónimos: «unos la piden dentro del Escorial, apartada del Monasterio, otros que se fundara en alguna de las universidades, otros que se diera a otra religión, otros la pretenden para sí mismos»⁴.

A pesar de la opinión de sus consejeros, Felipe II decidió levantarlo en un pueblo perdido de la sierra madrileña, con acceso difícil desde Madrid y Valladolid. La concepción contrarreformista de la cultura de nuestro monarca le aconsejó que llevara el tesoro bibliográfico lejos de la corte, donde fuera más fácil tamizar a los curiosos que quisieran acercarse. Luis Gil Fernández apunta que «en su fuero interno, Felipe II temía los resultados que se hubieran derivado de la consulta generalizada de tan gran tesoro bibliográfico para aquel oasis de la lealtad de la corona, religioso fervor y 'santa' o 'sabia' ignorancia que eran sus dominios de España»⁵.

También la Compañía de Jesús escribió un memorial a Felipe II ofreciendo hacerse cargo del monasterio y de la biblioteca, y comprometiéndose a organizar un Colegio para «quinientos estudiantes de la Compañía y sacar de allí gente para conquistar todas las Indias de Castilla y Portugal, y para esplendor de todos sus reinos

4. La cita es de Fray Lucas de Alaejos, sucesor del P. José de Sigüenza, y que falleció en 1631. *De la Librería de S. Lorenzo*, citado por Zarco Cuevas, J., «La biblioteca y los bibliotecarios de El Escorial», en *La Ciudad de Dios*, CXL (1925).

5. Citado por Gil Fernández, L., *Panorama social de Humanismo español (1500-1700)*, Madrid 1981, p. 713.

en personas de ciencia y ejemplo de vida... Podríamos emprender el conquistar con esta gente a Inglaterra y Alemania»..

El autor anónimo del memorial se pregunta cómo los jerónimos pueden hacerse cargo de un centro que debería estar destinado a ser un foco de cultura, cuando «el oficio de monje no es enseñar, sino llorarse a sí mismo y al mundo, esperando la venida de Jesucristo». La Compañía de Jesús, en cambio, se hizo para «enseñar, predicar y confesar; por esta razón no tiene coro, ni cosa que les ocupe este ejercicio, antes todas sus ocupaciones y ejercicios van encaminados a estas cosas; por el contrario, los de los jerónimos son todos contrarios al estudio. Y en esto imitará V. M. a nuestro muy Santo Padre, quien, guiado por el Espíritu Santo, ha hecho otro tanto en el Colegio Germánico y Anglico y en el Romano con tanto fruto y contento de todos, haciendo V. M. este Colegio en España para proveher de él para todos sus Reinos y Estados»⁶.

El proyecto del monarca siguió adelante. Los jerónimos continuaron en el Monasterio de El Escorial y, como los estudiosos de la época habían augurado, los tesoros de su biblioteca apenas fueron utilizados. La Compañía de Jesús mantuvo, no obstante, la esperanza de que el monarca les subvencionara la gran biblioteca que en otras Cortes europeas ya tenían, y la oportunidad la encontraron de nuevo con la fundación de los Reales Estudios, promovidos por el rey, en 1628.

La petición en esta ocasión fue mucho más argumentada. Un profesor de los Reales Estudios, Claude Clement, redactó una obra a partir de la cual el monarca se debía sentir inclinado a repetir y superar en Madrid el palacio de sabiduría que su abuelo había erigido en El Escorial.

El cuerpo del tratado va precedido por una dedicatoria y un prólogo. En la dedicatoria, destinada a Felipe IV, Rey Católico, Claude Clement identifica al monarca con Hércules y Minerva, protectores de las musas y de las letras, solicita su protección para los Estudios recién creados (in Regio tuo Matritensi Panatheneo), y le recuerda el antecedente de su augusto abuelo, que construyó un

6. *Memorial a Felipe II, pidiéndole San Lorenzo el Real para la Compañía de Jesús*, en Zarco Cuevas, J., *Los jerónimos de San Lorenzo el Real de El Escorial*, El Escorial 1939, pp. 166-169.

egregio museo con los mejores libros para uso de cualquier estudiante: «imitatus es aeternae memoriae Regem avum tuum Philipum Secundum, qui Museum sibi in Regia fecerat, & optimis libris egregie instruxerat, quos postea de privatis publicos esse voluit, transmissos ad Sancti Laurentii Escurialis regiam Bibliothecam».

Este mismo mensaje es el que el autor transmite a través de la portada, realizada expresamente para esta obra. Se trata de un frontispicio, grabado a buril, que reproduce un tema arquitectónico a toda plana, en el que se incluyen en la parte central los datos principales de la obra (lám. 1).

Dos termes, atlante y cariátide, flanquean el recuadro central. Los termes representan a Mercurio y a Minerva, quienes, a su vez, simbolizan las virtudes que adornan la monarquía española. Sobre el cuadro central, la Sabiduría cristiana, mujer radiante, con la Biblia en una mano y un cetro en la otra. A sus pies, un águila que pisa una esfera armilar y una esfinge, simbolizan el imperio español que domina el mundo. La figura de la Sabiduría aparece entronizada, presidiendo las otras virtudes. A los lados, sobre el entablamento partido, los bustos de dos reyes españoles, Felipe II, creador de la Biblioteca de El Escorial: «Phillip. II Rex Catholicus, Bib. Escu. Institutior», y Felipe IV, fundador de los Reales Estudios: «Phillip. IV rex Catholicus Reg. Stud. Mad. Fundat.» La intención de provocar la comparación entre los dos monarcas en su papel de fundadores es evidente. El artista solicita en lenguaje iconográfico que Felipe IV repita en el Colegio Imperial la construcción en Madrid de una gran institución, presidida por la sabiduría católica, que esté a la altura de la realizada por Felipe II en El Escorial.

III. LA DESCRIPTIO DE LA BIBLIOTECA DE EL ESCORIAL Y SUS PUNTOS DE CONEXIÓN CON LA BIBLIOTECA IDEAL DEL P. CLEMENT

En la página 515 comienza la descripción de la Biblioteca de El Escorial: *Regiae Bibliothecae S. Laurentii Escurialis descriptio*. El texto, que abarca veintidos páginas, comienza con un *Monitum ad lectorem*, en el que, a modo de introducción, reproduce el texto del



LÁM. I

P. Juan de Mariana, también jesuita, en el que describe el Monasterio de El Escorial, destacándolo tipográficamente en letra cursiva⁷. De este texto, Clement elimina el párrafo dedicado a la biblioteca, ya que «de qua sequentibus capitibus accurate disseretur», más adelante desarrollará la materia en extenso. Aunque es posible que no fuera únicamente ésta la razón. La obra del P. Juan de Mariana fue muy polémica desde su publicación; pero el párrafo dedicado a la Biblioteca de El Escorial fue contestado muy pronto por el P. Lucas de Alaejos, ya que planteaba de nuevo las críticas sobre la ubicación de la biblioteca y la incomodidad en el manejo de los fondos. El P. Mariana dice que los libros guardados en esta biblioteca son «libros todos dignos de ser leídos y estudiados, cuyo manejo y consulta convendría que se facilitase a los hombres eruditos. ¿Qué provecho obtenemos de libros que están, por decirlo así, cautivos y sujetos a la autoridad del rey?». Y el P. Alaejos le responde indignado: «Yo no hallo aquí cadenas, ni grillos en que estén captivos estos libros, ni entiendo tienen tanta libertad en otras librerías para salir de sus asientos a manos de hombres doctos... Si ya no entiende por cautivos el no estar en su poder, o no tenerlos más a mano, y desta suerte el mismo cautiverio padecen los de Roma, París, Milán, Augusta y cuantas librerías se escaparon de sus manos, o llama cautiverio estar en nuestro poder, o en esta Casa tan apartada del comercio humano... Pues si esta Librería se hizo para frailes jerónimos y no para la Compañía, ¿de qué le pesa a Mariana porque los libros estén tan recogidos como sus dueños? Captivos, dice, y atados con majestad. No lo querrá decir por la majestad real que los puso aquí y no en otra parte, y como se los pudiera dar a ellos nos los dio a nosotros... Nosotros ni los tenemos con cadenas, ni con llaves; las puertas abiertas de ordinario; cuantos quieren entran a verlos⁸». A principios del s. XVII, el enfrentamiento entre jerónimos y jesuitas por la Biblioteca de El Escorial seguía vigente.

7. El texto incluido pertenece a la obra *De rege et regis institutione*, redactada por encargo de García de Loaysa, preceptor de Felipe III, para guía en la educación del príncipe. Cuando se publicó, 1599, ya habían fallecido tanto García de Loaysa como Felipe II, y el príncipe había sido nombrado rey. He utilizado la edición en castellano de Luis Sánchez Agesta, Madrid 1981, p. 364.

8. *De la librería de S. Lorenzo*, citado por Zarco Cuevas, J., «La biblioteca y los bibliotecarios de El Escorial», en *La Ciudad de Dios*, CXL (1925) 186-187.

El texto de la *descriptio* se divide en siete capítulos, y en ellos sigue, en líneas generales, la misma estructura que en la parte central de la obra:

Caput I. Sciographia primarii membri, et pluteorum materies, forma, genus librorum.

Caput II. Picturae a coronide ad fastigium Bibliothecae.

Caput III. Picturae infra coronidem.

Caput IV. Descriptio secundi conclavis in quo sunt libri vulgarium linguarum; et tertii, ubi Codices MSti. asservantur.

Caput V. Librorum collocatio et ordo.

Caput VI. Initia et incrementa Regiae Bibliothecae; libri quidam singulares; et alia huius loci propria.

Caput VII. Aliae quaedam res rarae asservatae in Regia Bibliotheca.

Los primeros capítulos, I a III, los dedica a la «extractio» o estructura arquitectónica y decorativa de la sala primera y principal de la biblioteca, destinada a impresos en lenguas clásicas; el capítulo IV a las salas segunda (libros en lenguas romances) y tercera (manuscritos); el capítulo V a la «instructio» u organización del fondo, y los dos últimos capítulos, a la formación y ampliación de la colección bibliográfica.

El texto, él mismo lo dice, se basa en el que el P. José de Sigüenza incluyó en su obra sobre la Historia de la Orden Jerónima, aunque introduce comentarios adicionales ⁹.

3.1. *Arquitectura y decoración de las tres salas*

El capítulo I se inicia con las dimensiones de la biblioteca, corrigiendo al P. José de Sigüenza, ya que éste incluye en la propia biblioteca el claustro de los frailes menores. Sitúa la orientación de la sala primera, con los testeros de norte a sur y ventanas al este y al oeste, una orientación estrictamente clásica, ya que es la que acon-

9. *Historia de la Orden de San Jerónimo*. He consultado la edición publicada por Juan Catalina García, 2.^a ed., Madrid 1907.

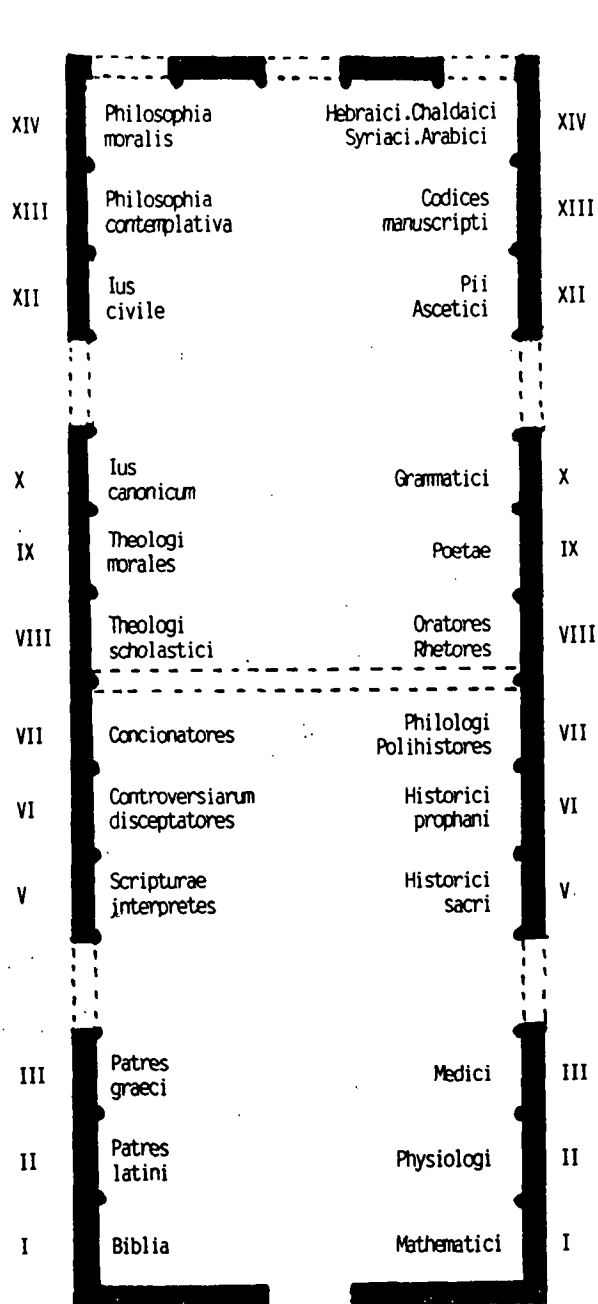
seja Vitrubio. A continuación pasa a describir las estanterías de la biblioteca, lo que hace con delectación, tanto por el diseño como por el juego de maderas que utiliza el artesano, y que convierte cada mueble en una obra de arte. Por último, apunta la cuidadosa colocación del fondo bibliográfico, sin ningún vano que afee el conjunto, y con los cortes dorado de los libros colocados hacia el exterior, con lo que se consigue que cada estante se perciba como un todo brillante.

Los capítulos II y III los dedica a la decoración de la sala principal, la que aparece en la bóveda y la que se encuentra en las paredes, sobre los armarios ya descritos. El conjunto decorativo está presidido por la Filosofía y la Teología, «illa humanorum, haec divinatam praeses; illam versus Collegium, hanc Monasterium versus poni placuit». A continuación, y a lo largo de casi cuatro páginas, va describiendo una a una todas las figuras que aparecen en el conjunto pictórico. Las historias de los dos extremos se unen, a través de todo el techo, por alegorías de las siete Artes Liberales, Trivium: Gramática, Retórica y Dialéctica; y el Quadrivium: Aritmética, Música, Geometría y Astrología. Los vanos resultantes sobre las ventanas se aprovechan para representar figuras eminentes en cada una de las ciencias.

La decoración de la cornisa sobre las estanterías se decoran con «historiae» que explicitan las alegorías del techo. Nuestro autor nos dice que «nunc videndum quid infra singula quadra respondeat». Las historias de los testeros son: la Escuela de Atenas, bajo la Filosofía, y el Concilio de Nicea, bajo la Teología. Bajo las Siete Artes Liberales se suceden, en las paredes este y oeste, historias dobles, relacionadas con el tema central.

Si volvemos ahora al cuerpo central de la obra de Clement, libro I, comprobamos que el autor jesuita busca para su biblioteca una fórmula decorativa alejada ya de los ideales del mundo clásico-renacentista, como en El Escorial, para insertarse en la tradición iconográfica estrictamente cristiana.

La biblioteca ideada por C. Clement es una sala rectangular, con sus paredes seccionadas por columnas adosadas que, a la vez



LÁM. II

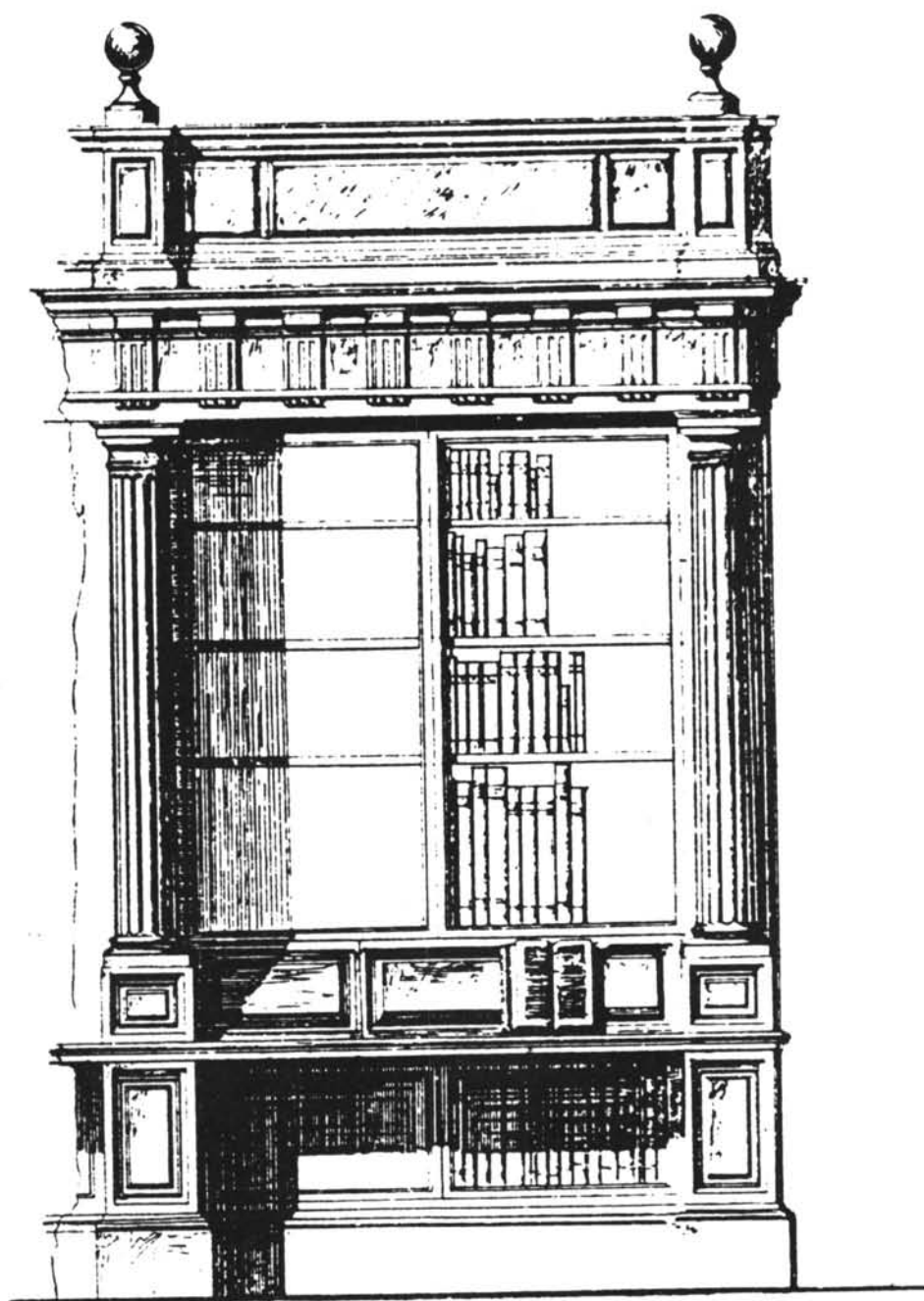
que sirven para una función arquitectónica, crean espacios en los que se colocan los estantes y delimitan la decoración pictórica (lám. 2). La sala cuenta con catorce intercolumnios en los lados mayores, orientación norte y sur, y cinco en los menores, este y oeste. En uno de sus lados menores, el occidental, se sitúa la puerta de entrada; en el opuesto, las imágenes monumentales de Cristo Crucificado y la Virgen Santísima.

La iluminación se consigue a través de tres ventanas abiertas en la pared oriental, en los intercolumnios no ocupados por las imágenes de Cristo y a Virgen, y otras dos ventanas en las paredes norte y sur, en los intercolumnios cuarto y undécimo. Aquí transgrede las fórmulas de Vitrubio, explícitamente nos lo dice, ya que éste abogaba por la necesidad de que la biblioteca se orientara hacia Levante, para que la luz entrara exclusivamente por Oriente.

Clement, en cambio, coloca los lados mayores hacia el norte y sur; esto supone que, en una sala tan alargada, la luz no llegaría hasta el último rincón si las ventanas se colocaran en uno de sus lados menores.

Pero habría que preguntarse por qué nuestro autor deseaba una orientación tan contraria a la fórmula unánimemente aceptada, precisamente la orientación de la Biblioteca de El Escorial. Pienso que, el hecho de que los lados menores de su biblioteca ideal estén orientados hacia oriente y occidente, y que en la pared oriental sitúe las imágenes de Cristo y la Virgen, convierten esta pared en un altar y toda la sala en un templo de la sabiduría, ya que tiene la misma orientación que las iglesias cristianas: el altar mirando hacia Jerusalén. El conocimiento reconocido de la obra de los clásicos no puede hacerle abandonar un mensaje simbólico tan sugerente.

Entre los intercolumnios de las paredes menores coloca la decoración propia del orden dórico: triglifos y metopas. Las veinticinco metopas de oriente se decorarán con retratos de eclesiásticos que intervinieron en la fundación de bibliotecas. En las veinticinco metopas de occidente, aparecerán retratos de príncipes, reyes y emperadores que promovieron la literatura, fomentando las bibliotecas. La lista de las dos secuencias está pormenorizada. Y aquí aparece otra de las claves que nos puede aclarar la finalidad para la que estaba redactada esta obra, ya que uno de los personajes destinados



LÁM. III

a aparecer en las metopas de la biblioteca es el Conde Duque de Olivares, valido de Felipe IV, y el gran apoyo de los jesuitas en la Corte. Su inclusión entre reyes y emperadores parece desproporcionada, a no ser que se trate de sugerir con ello al propio Conde Duque que se haga valedor de ese honor apoyando la biblioteca de la Compañía en el Colegio Imperial.

En los muros norte y sur, los intercolumnios estaban ocupados en su parte inferior por los armarios o estanterías. Cada uno contenía idealmente una materia. Sobre el armario, una leyenda, y, en la parte superior, retratos de ocho hombres ilustres que han destacado en la materia guardada en el armario y, a su vez, soportados por dos atlantes que representan personajes del paganismo o de otras religiones: islamismo, judaísmo o herejes del cristianismo. Así, si nos fijamos en el primer intercolumnio de la primera mitad, dedicado a la Biblia, aparecerán representados en él Moisés, David, Salomón, San Pablo, San Mateo, San Lucas, San Marcos y San Juan. Los atlantes serán Antíoco Epifanes y Diocleciano. En el primer intercolumnio de la segunda pared, dedicada a las Matemáticas, aparecerán las figuras de Euclides, Arquímedes, Diofantes, Alfonso X, rey de Castilla; Boecio, Ptolomeo, Clavio y Aguillón. Como atlantes, Araham y Lamboeus, ambos judíos.

Si nos fijamos de nuevo en la portada del libro (lám. 1), podremos reconstruir con facilidad el sistema decorativo de los armarios, simplemente con substituir el recuadro central, destinado a resaltar los datos principales de la portada, por los estantes destinados a guardar los libros, y con colocar en la parte superior los ocho retratos de personalidades en lugar de los retratos reales y la figura central de la Sabiduría. Un diseño muy cercano también al que se sigue en la Biblioteca Laurentina (lám. 3), si sustituimos el estilo jónico de la portada de Clement por el estilo dórico de los armarios de El Escorial, los retratos de los reyes por las bolas escurialenses, y eliminamos además los elementos decorativos propios del barroco. La impresión que hizo la Biblioteca de El Escorial en nuestro autor se capta en esta indudable influencia ¹⁰.

10. Los armarios de la Biblioteca de El Escorial han sido muy estudiados desde el punto de vista artístico y biblioteconómico. Ya en 1901, J. W. Klark, *The care of*

Los intercolumnios con ventanas tenían una decoración distinta, posiblemente porque no estaban destinados a ser ocupados por armarios. Se decoraban, por tanto, como las paredes menores, con triglifos y metopas. En la pared norte, secuencia de diez sibilas; en el sur, secuencia de diez retratos de mujeres, ilustres por su erudición o sus escritos.

3.2. Organización del fondo

Pasemos ahora a estudiar el capítulo V de la *descriptio*, el dedicado a presentar las fórmulas seguidas para la organización del fondo bibliográfico, ya que también en este campo creo que nuestro autor trató de superar la fórmula seguida en la Biblioteca de El Escorial.

La Biblioteca de El Escorial comenzó a formarse el 2 de mayo de 1576, cuando Lucas Gracián Dantisco, «criado de Su Magestad e su escribano, y notario público», entregó a la comunidad de jerónimos la biblioteca personal de Felipe II. Dado el número importante de libros que se habían reunido, y la calidad de muchos de ellos, Felipe II mandó llamar a uno de los mejores eruditos del momento, Benito Arias Montano, que con anterioridad había sido enviado por el rey a Flandes para supervisar la impresión de la *Biblia Regia*. El P. Juan de San Jerónimo dice que era «muy letrado y gran teólogo y muy visto en todo género de ciencias y lenguas, hebrea y caldea, griega y latina, siriaca y arábica, alemana, francesa y flamenca, toscana, portuguesa y castellana; y todas las sabía y entendía como si en estas naciones se hubiera criado»¹¹.

La clasificación establecida por Arias Montano la reproduce el P. Clement en su *descriptio*¹². El bibliotecario como «principum linguarum insigniter peritus», dividió los libros, primero por lenguas,

book, London 1975 (reprint), 265-269, afirma que fue en esta biblioteca donde por primera vez se estableció la fórmula de estanterías *Wall-systems*, armarios apoyados en las paredes y no perpendiculares a ellas. Describe también con detenimiento su diseño y proporciones y señala como costumbre española «usual custom in Spain», la colocación de los libros con los cortes hacia el exterior.

11. Citado por Antolín, G., «Arias Montano, bibliotecario de El Escorial», en *La Ciudad de Dios*, CXXVI (1921) 106.

12. pp. 529 y 530.

y en cada grupo los separó en sesenta y cuatro divisiones o facultades. La lista, confusa a primera vista, sigue muy de cerca la clasificación que diseñó Conrad Gesner para su *Bibliotheca universalis*, y que se basaba a su vez en la clasificación medieval de la ciencia del Trivium y Quadrivium, la misma organización temática que se utilizó para la decoración mural.

Conrad Gesner era un humanista protestante, médico, naturalista y filólogo, que ejerció una gran influencia en todos los campos del saber a partir del segundo tercio del siglo XVI¹³. Su obra *Bibliotheca universalis*, la primera bibliografía general internacional retrospectiva, en terminología actual, recopila, en su primera edición, quince mil títulos redactados en las lenguas cultas del momento: latín, griego y hebreo. Su obra fue tan exhaustiva que él mismo indica en el prólogo que los bibliotecarios podían utilizarla como catálogo de su propia biblioteca, limitándose a añadir la signatura topográfica a la noticia bibliográfica. Aquellas pocas obras que no estuvieran, se podían añadir con comodidad en los márgenes de la obra y en algunos espacios vacíos¹⁴. Entra dentro de lo posible que Arias Montano siguiera estas pautas. Quizá también el conocimiento de la obra de Gesner influyera en la decisión de los bibliotecarios de El Escorial de colocar en la sala principal los impresos en lenguas clásicas...

Benito Arias Montano conocía sin duda la obra de Gesner, por la expansión que tuvo su obra, por los contactos que tuvo con los círculos erasmistas y protestantes en los Países Bajos, y porque él mismo lo incluyó en un *Memorial de los libros vedados que se hallan en la librería de San Lorenzo el Real*: «En el catálogo de libros prohibidos por la Inquisición hay cuatro géneros de libros... los segundos son los de herejes y sospechosos en la fe y no tratan de propósito de cosas de religión y costumbres, aunque tiene algo por qué los vedaron... de éstos hay algunos en la librería, como son cosas de Gesnero, Cardano, Fuesio y otros...¹⁵.

13. La figura de Conrad Gesner ha sido estudiada recientemente por Manrique, A., y Fernández, A., «Conrad Gesner, forjador del Renacimiento», en *Anuario del Real Colegio Alfonso XII*, 7 (1989) 377-403.

14. Gesner, C., *Bibliotheca universalis*, Zurich 1545, introducción, h. 4 verso.

15. Archivo Histórico Nacional, Inquisición, Ms. 4470. Citado por Rekens, B., *Arias Montano*, Madrid 1973, pp. 162 y 163.

La clasificación propugnada por Claude Clement consta de veinticuatro apartados, que corresponden a los veinticuatro armarios colocados en los doce intercolumnios de las paredes norte y sur de la biblioteca. Esta clasificación aparece por primera vez, aunque mucho más simple, en la *Bibliotheca selecta* (Roma, 1593), una obra que el jesuita Antonio Possevino escribió precisamente para contrarrestar la influencia que la obra de Gesner había ejercido en los intelectuales humanistas durante los últimos cincuenta años, los años en que Europa se dividía definitivamente en católica y protestante, los años del Concilio de Trento, y los años también del afianzamiento de la Compañía de Jesús como defensora de la ortodoxia católica ¹⁶.

3.3. *Formación de la biblioteca y ejemplares más notables*

La *descriptio* de Claude Clement termina con dos capítulos en los que enumera la colección primitiva de la biblioteca y sus obras más valiosas. En el capítulo sexto, el P. Clement comenta que el núcleo primitivo fue la propia biblioteca de Felipe II, «prima semina fundi huius librarii Philippus II», a la que se añadieron bibliotecas privadas como la de Diego Hurtado de Mendoza, Antonio de Agustín, ejemplares únicos como la Biblia visigótica y el Codex Aureus, o colecciones curiosas y de gran valor iconográfico como fue la obra en quince tomos de Francisco Hernández, en la que se reproduce no sólo la flora de las Indias Occidentales, sino también descripción de las costumbres, ritos y leyes de aquellas gentes.

El último capítulo, el séptimo, se dedica casi en exclusividad a describir la importante biblioteca arrebatada al Emperador de Turquía Solimán en la batalla de Lepanto, aunque también cita la biblioteca incautada al Sultán de Marruecos, manuscritos de Santa Teresa de Jesús, etc.

La Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial debió ser ampliamente conocida en toda Europa gracias a esta *descriptio*. Hay que

16. Un estudio más pormenorizado de esta clasificación, y su utilización en las bibliotecas jesuíticas de la época se puede seguir en: Miguel Alonso, Aurora, *La Biblioteca de los Reales Estudios de San Isidro*, Madrid 1992. Tesis doctoral.

pensar que el modelo de este texto, el del P. José de Sigüenza, fue escrito en castellano, e incluido en una obra ajena totalmente al tema biblioteconómico. Tuvo también importancia para la evolución del concepto de biblioteca barroca, ya que Clement consigue con ella dar a conocer dos fórmulas diferentes, una clásica y otra innovadora: la de la Biblioteca de El Escorial, ejemplo de biblioteca humanístico-renacentista con arraigo medieval; y la que presenta Claude Clement, con la que rompe modelos anteriores y crea nuevas fórmulas iconográficas y clasificatorias, y que servirá de modelo para proyectos futuros.

IV. APÉNDICE

Incluimos en este apéndice la traducción de los capítulos V a VII de la *descriptio*. Hemos seleccionado estos capítulos por considerar que son los de mayor interés biblioteconómico y porque la impresión recogida en los cuatro primeros, la descripción de las salas y su decoración pictórica, ha tenido más depresión a través de la obra del P. Sigüenza.

Capítulo V. Colocación y orden de los libros

Detallaré ahora ciertas características pertinentes al orden y colocación de los libros, antes de hablar brevemente de determinados libros singulares en el capítulo siguiente. La primera sede de la biblioteca y su primera organización estuvo en una parte del edificio que ahora es el cónclave de los dormitorios de los novicios. Arias Montano, erudito notabilísimo y un destacadísimo conocedor de las lenguas príncipes, al emprender la organización de la biblioteca, hizo una división separando unas lenguas de otras; también puso por separado los libros impresos de cada lengua de los manuscritos. Estableció además otra división: la de las secciones de cada lengua en sesenta y cuatro materias. No estaría de más transcribir el catálogo que elaboró, y que hoy preside la biblioteca dispuesto de esta manera y con este título:

Disciplinarum series

Grammatica
Vocabularia
Elegantiae
Fabulae
Poësis
Historia
Antiquarii
Dialectica
Rhetorica
Declamatio
Orationes
Epistolae
Ars memoriae
Mathematica in genere
Geometria
Arithmetica
Musica
Cosmographia
Geographia
Topographia
Astrologia
Astronomia
Divinatio
Perspectiva
Principes Philosophi
Naturalis Philosophia
Philosophi privati argumenti
Chymica
Metaphysica
Oeconomica
Politica
Aulica
Civile ius
Iuris Civilis Interpretes
Gironomicae praeceptiones, id est, seniorum documenta
Mechanica

Venatio
 Aucupium
 Piscatio
 Colymbitica, (i. Urinatrix)
 Militaris
 Architectura
 Idyllia opuscula, (i. poëmatica exigua opera)
 Stromata
 Encyclica
 Catholica
 Biblia sacra & Patres
 Concordantiae Indices
 Oeconomiae loci communes
 Bibliorum commentaria
 Canones, Concilia, Constitutiones religiosae
 Canonicum ius
 Doctores integri
 Homiliae, Orationes, Epistolae, Soliloquia, hymni
 Doctrinales & semidisputatorii
 Apologiae, disputationes privatae et defensiones
 Privata quaedam et revelationes
 Historia Ecclesiastica, & Vitae Sanctorum
 Scholastica Theologia
 Summistae, &c.

Sin embargo, la intención de Arias Montano en esta distribución no fue que hubiera tantas materias como capítulos en este catálogo. ¿Quién, incluso un novicio o recién ingresado puede haber que no lo vea? Pero multiplicó los capítulos por dar un orden más explícito, allí donde una pequeña diferencia y tema peculiar le dio ocasión para ello. Esta fue la referencia y el orden de los libros en ese lugar desde el primer momento de que tenemos noticia de su distribución; sin embargo, por el excesivo número de títulos con los que había que llenar los anaqueles, y casi todos los estantes, la disposición quedaba bastante confusa y menos grata a la vista, es decir, que había desiguales en uno y mismo estante. Después fueron trasladados al mismo lugar donde se encuentran ahora y repartidos entre esos tres cónclaves que hemos descrito. Fray José de Sigüenza de la Orden de

San Jerónimo, discípulo de Arias Montano y su sucesor en la dirección de esta biblioteca, conservó la división de materias establecida por su maestro en la medida en que le fue posible, pero sin la desigualdad de tomos que producía un efecto poco agradable, colocó por separado todos los libros en folio, cuarto, octavo o dozavo en estantes más altos o más bajos con agradable proporción; esto es, reunió los volúmenes de igual tamaño y elaboró dos índices: en uno están escritos los nombres de todos los autores cada uno en orden alfabético; en el otro, la lista de materias. Esta distribución tiene la ventaja de que si alguien entra en la biblioteca para buscar un autor que le es conocido, emplea el índice de autores, en el que inmediatamente encontrará en qué armario, en qué estante del armario, en qué orden de los libros va a encontrarlo. Pues cada uno de los armarios está marcado con una letra del alfabeto, e igualmente cada uno de los estantes de los armarios llevan pintados, en orden de cinco en cinco, uno de los cinco signos romanos que notan los primeros números I, II, III, IV, V; finalmente, cada uno de los libros presentan un número de su lugar de colocación notado con los signos habitualmente usados en aritmética. Con esta triple signatura podrás tener inmediatamente el libro que quieras. De manera semejante, si deseas tener a mano cada uno de los escritores de una materia, los que conozcas y los que no conozcas, consulta el índice de materias y al punto estarán a mano. Si deseas conocer, lector, la opinión de Juan Bautista de Cardona, obispo de Tortosa sobre la Real Biblioteca del Escorial, consulta su comentario sobre la *Hispaniae Bibliotheca sive de Academiis et Bibliothecis*, tomo I, cap. 3, donde hace muchas proposiciones concretas para perfeccionarla de día en día y para atender como es debido este templo de la sabiduría, de acuerdo con la idea con que él conformó estas indicaciones. En esa parte de la obra dejó escritos consejos sobre la diligencia que hay que poner en conseguir otros libros, la precaución que hay que tener al recibir los libros pedidos y comprobar su antigüedad; para recoger los hallazgos intelectuales de los sabios que fallecen y han quedado inéditos; sobre la sede del bibliotecario y su sueldo; sobre el número de los auxiliares del bibliotecario, de su trabajo y descanso; sobre la oficina tipográfica, el escritorio, y otras indicaciones por el estilo que omitimos de propósito porque dejamos en este punto la sola descripción de la biblioteca regia.

Lo que yo he deseado, sobre todo, en la actividad desarrollada por el bibliotecario es que se dé a conocer un índice detallado de todos los libros y tratados que existen en esta tríplice sección de la biblioteca regia, pero más que nada y por encima de todo de los códices manuscritos; la tarea no es demasiado difícil, y será grata a los estudiosos de todo el orbe a la par que útil, y oportuna para el prestigio y renombre de la biblioteca.

Capítulo VI. Comienzos y crecimiento de la Biblioteca Regia; algunos libros singulares, y otras particularidades de este lugar

1. Es obligado dar a conocer los orígenes a partir de los cuales esta Biblioteca llegó a contar con unos fondos tan extensos; se puede también hacer particular mención de algunos libros. Las primeras semillas de este fondo bibliográfico las sembró el rey Felipe II con regia y fructífera mano, al ser éste el destino de su biblioteca privada, en la que dedicaba, como los grandes reyes, a la lectura de libros cualquier momento que sacara de ocio o de festividad de entre sus regias ocupaciones. Hay en la Biblioteca del Escorial un índice de libros en el que están tachados por la propia mano del rey los libros que enviaba aquí repetidamente como donación. En las primeras páginas está escrito por él: *«Libros manuscritos más selectos y de mayor importancia (según comprobará fácilmente quien los revise) que hemos enviado a la Biblioteca de San Lorenzo, para que los guarden cuidadosamente en un recinto reservado, junto con las adquisiciones de cierto valor; en el margen primero del índice se distinguen por el signo =s.»* Después, un poco más adelante se dice: *«los libros que llevan en su cubierta (que es de encuadernación de Salamanca) las insignias de nuestro escudo tienen al final una línea transversal en el margen posterior»*. Los libros llevados a la Biblioteca de San Lorenzo se distinguen en el margen primero por este signo: —s. Se encuentran en ese índice regio otras observaciones similares. El número de esos libros regios fue casi de dos mil. De entre ellos fueron llevados a esta sección más de mil doscientos, la mayoría de los cuales, porque eran de edición algo anti-

gua, fueron distribuidos por orden del propio rey por las celdas de los religiosos; los demás, fueron asignados a la Biblioteca como regalo de grato augurio y fundamento de esta colección literaria que fue promovida tan regia y fructíferamente.

2. Así, poco después se añadió la biblioteca de Diego de Mendoza, notable por su sabiduría y el esplendor de su rango, hermano del marqués de Mondéjar y conde de Tendilla; este noble, en todos los lugares en que vivió (no sólo en España, sino también en Venecia veinte años y en Roma como legado del rey católico), dejó tras de sí el recuerdo y la admiración por su erudición singular. En aquellos tiempos (como consta en la *Hispaniae Bibliotheca*, tomo 3) alentaba por igual en espléndida familiaridad a un grupo de estudiosos que había reunido trayéndolos de todas partes, y entre ellos a Arnoldo Arlenio, especialista en lengua griega; cargó con los gastos y el proyecto, por una parte, de conseguir en Grecia ejemplares griegos y, por otra, de copiarlos de la Biblioteca del Cardenal Besarión de Nicea. Además, consiguió del emperador turco un barco de libros griegos escritos a pluma. Al morir legó al rey su biblioteca, repleta de aquellos numerosos y antiguos códices griegos, latinos y árabes, tanto impresos como manuscritos, en cuyas lenguas era notablemente experto. El rey la aceptó y recibió sobre sí la relación de los nombres que estaban recogidos en la testamentaría del difunto.

3. Le sucedió además la donación de la biblioteca del alabado Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, abundante en los mejores ejemplares de manuscritos latinos y griegos, así como muchos antiguos documentos suyos y materiales eruditos. También se recogieron los manuscritos de el obispo Pedro Ponce de León, buen estudioso de toda la Antigüedad, pero sobre todo de la Antigüedad eclesiástica. Además, los eruditos enviados por el rey al extranjero, a Italia, Alemania, Bélgica, y por España para enriquecer este tesoro bibliográfico buscaban los ejemplares más destacados de este género, y una vez encontrados y comprados, los enviaban aquí. Ambrosio de Morales, el doctor Juan Páez, Julio Claro y muchos otros eruditos dejaron en este lugar escritos suyos muy notables, algunos de los cuales no los habían terminado, otros ya terminados, aún no los habían editado; además, otros libros peculiares que tenían por muy valiosos. Arias Montano consagró códices manuscritos

griegos, hebreos y árabes muy importantes en este templo de la Sabiduría y ante todo un volumen escrito con el mayor estudio de la ley y dedicación, en la forma que solían tener los volúmenes, y con tanta exactitud que ni falta ni sobra un punto, y que por eso ellos lo llaman «sagrado». Una tablilla hebrea de doble uso, de la que se recitaban solemnes lecturas sagradas todos los sábados, según dice el Apóstol, como lo que es para los cristianos el breviario sacerdotal con los salmos que hay que recitar conforme al ritual sagrado y a la fórmula. Además había una especie de codicilo manual en el que se anotaba lo que hubiera que escribir de peculiar. De este tipo de tablillas hay que interpretar que habla el capítulo I del *Evangelio según San Lucas* referido a Zacarías, que dice que «*pidiendo una tablilla escribió: Juan es su nombre*». Un siclo judío, del que habla Arias en el libro titulado *Tubalcayn*, y que describió allí mismo, y por maravillosa casualidad (si hay que hablar de casualidad), vino a sus manos; el material de la moneda, plata absolutamente pura; el peso, cuatro dracmas, que casi es equivalente a una mitad de onza de farmacoepa que llaman ática; en una cara figura un vaso en el que fue recogido el maná por orden de Dios en el Arca de la Alianza; en el borde tiene ciertas letras samaritanas que usaban los hebreos antes de que las diez tribus se separaran de Judá y Benjamín, con este significado, «siclo Israel»: en la cara contraria, una almendra con el bastón de Aarón y la inscripción «Jerusalén Santa».

4. No puedo recordar qué antiguas Sagradas Biblias escritas en letras góticas y longobardas se conservan aquí, un riquísimo testimonio de la certidumbre de la *lectio* antigua. Es una rareza y claramente notable cierto códice, escrito por mano del propio San Agustín, titulado *De baptismo parvulorum*; la forma y el tipo de letra es similar al de nuestras mayúsculas, que estaba en aquel momento en uso en el reino de los vándalos que tenían extensos dominios en Africa. Felipe II había tenido este libro largo tiempo entre sagradas reliquias cuando ordenó que lo guardaran en el armario escritural de la Biblioteca junto con las cosas de gran valor. Cuando se le preguntó en una ocasión por qué se sabía que era de verdad de San Agustín, respondió que por tal lo había recibido de su tía, la hermana del emperador Carlos, que se lo había dejado como una cosa de gran precio y antiquísima. Recibió otro volumen de esa misma tía suya,

Regina, que se cree que en otro tiempo fue de San Juan Crisóstomo; en él están escritos los Evangelios que en la Iglesia suelen proclamarse por tradición a lo largo del año. También hay un ejemplar manuscrito del *Apocalypsis*, decorado con bastante elegancia con pinturas doradas y plateadas, y comentarios adscritos de caracteres miniados, de una antigüedad no superior a doscientos años (según parece). Igualmente otro libro de los cuatro Evangelios escrito con letras de oro en una elegantísima membrana de pergamino, encuadernado y con cubierta de lujoso entramado. Así lo mandó escribir el emperador Enrique II, por orden *del Emperador Conrado*; tiene de largo tres cuartos de codo, y de ancho en proporción; el texto sagrado de los Evangelios con las introducciones y las cartas de San Jerónimo y los *Canones* de Eusebio de Cesarea, ocupa ciento sesenta y cinco folios; a pesar de que hace alrededor de seiscientos años que se escribió, en ninguna parte las pinturas o el texto se han borrado por el paso del tiempo; es más, hasta tal punto están íntegras, floridas y espléndidas, que parece que hace tres días que se ha terminado la obra; en el primer folio está pintado Cristo nuestro Intercesor en medio de las nubes, sentado en un trono rodeado de una multitud de ángeles, sostiene en su mano izquierda un libro, con la derecha bendice a Conrado y a su mujer Gilesia, postrados a sus pies; alrededor de la página hay ciertos versos considerados elegantes en una época poco culta. La segunda página muestra a la Virgen Madre de Dios en un trono elevado, y a Enrique e Inés arrodillados en actitud suplicante, con aspecto y títulos regios, es decir, aún no consagrados como emperadores; tampoco faltan versos en el borde de la página, de mayor piedad que elegancia. Erasmo de Rotterdam (en las *Annotat. in Novum Testamentum*) alabó sobremanera este códice que llama «áureo» y reconoce que ha tomado de allí ciertas *lectiones* que no había encontrado en otros ejemplares, y que no lo pudo consultar más que en una ocasión solemne. En aquel momento lo tenía Margarita, la hija de Maximiliano, hermana del príncipe Juan; después pasó a manos de la reina María (de Hungría), que se lo dio a Felipe II, hijo de su hermano Carlos V, con los otros tres que mencionamos antes. Ambrosio de Morales cuenta más cosas de este códice áureo en vida de la Condesa Matilde de Canosa, y este comentario se conserva aquí entre otras obras suyas. También hay una Biblia Griega del empe-

rador (Juan) Cantacuzeno que concuerda bastante con la versión de los Setenta, que se elaboró promovida por el Cardenal Caraffa, un hombre de insigne sabiduría y eficaz diplomacia. Asimismo, dos grandes volúmenes en caracteres góticos en los que se recogen los concilios y decretos, empezando por el de Nicea hasta el undécimo Concilio de Toledo, junto con muchas otras obras excelentes, que es largo referir. Hay un escrito del siglo décimo del obispo Sibuto; otro del año novecientos setenta y nueve de *Vigila*, presbítero de S. Martín de Albelda, que por eso se llama *Codex Vigilanus*; contiene también muchos concilios, comenzando por el de Nicea, hasta el decimoseptimo o decimooctavo Concilio de Toledo, se añaden muchas cartas de los Papas y de Santos y antigüedades eclesiásticas; es una joya ciertamente notable y digna de veneración. Además, hay otro tomo de Concilios del mismo tipo de escritura, copiado el año novecientos once.

5. Aparte de estas obras de venerable antigüedad, hay algunos otros ejemplares escritos a mano de los Santos Padres Atanasio, Basilio, Nacianceno y Crisóstomo, y de otros; entre estas obras figuran no pocas homilías, sermones y otros tratados inéditos; tomos grandes y muy antiguos de vidas de santos en la misma lengua; las láminas de notables artistas, unas están tomadas de prototipos de figuras de grabado, otras pintadas a pincel, recogidas en libros en enorme cantidad. Muchas cosas de ese tipo raras y curiosas, y propias de esta colección literaria, se conservan en arcas y escritorios cerrados; sería infinito referirlas. Se puede observar aquí la primitiva forma de escribir en el antiguo papiro egipcio; incluso también, y más antigua que aquélla, la escritura en la delgadísima y muy fina capa interior de una corteza vegetal, que llaman *filira*; algunas de estas cortezas tienen la longitud de una espada, otras la de un puñal; aparte de las letras escritas con cierta elegancia en ellas, no sé qué característica de la tinta o del polvillo le ha añadido mucha belleza; el asunto del escrito es una historia completa, que tiene al comienzo dos palabras: «*lengua malabar*»; la encuadernación es hermosa y está cosida folio a folio por un hilo: también las portadas parecen ser de la misma fibra vegetal. Asimismo se encuentran aquí libros editados en China, muy inferiores a los nuestros tanto en elegancia como en composición, aunque la sutilidad de las páginas es admi-

rable y aquel país nos haya precedido en el desarrollo de este arte calcográfico.

6. También hay otra cosa notable y digna de verse: la historia y forma de todas las plantas y animales conocidos hasta la época de Felipe II en las Indias Occidentales: están pintadas las hierbas, raíces, troncos, ramas, flores, hojas, frutos, pieles, escamas, plumas, alas, picos y morros, y por fin, cada cosa pintada con sus colores naturales; tampoco falta la estatura de los hombres, los atuendos, tanto los vestidos de uso ordinario como los de media gala y los de fiesta; el rito y la preparación de las fiestas, bailes y sacrificios de aquella gente; el aspecto de todo ello es muy agradable de ver y útil para varios propósitos. El rey asignó la empresa de elaborarla al doctor Francisco Hernández de Toledo, un hombre sabio, diligente y valiente, que (como él mismo dice en una introducción), en cuatro años solamente que pasó en las Indias, llenó quince tomos del tamaño de un codo con sus observaciones; en algunos de esos libros recogió sólo la figura, la forma, y el color de los animales y las plantas, a los que después remite al lector al explicar la propiedad de los nombres y la naturaleza de cada cosa, según pudo aprender de los indígenas, de los colonos españoles y de su propia observación. Aparte de estos quince tomos, hizo otros dos: uno trata sobre las plantas de las Indias, la comparación y semejanza con las nuestras es tan cuidadosa, cuanto cabe hacerse; el otro sobre las costumbres, ritos, leyes de las Indias, las descripciones geográficas y topográficas de aquel Nuevo Mundo. Estos libros y comentarios, según están realizados, a tal punto estarían totalmente perfectos y terminados que Felipe II y Francisco Hernández en nada cederían a un Alejandro o a un Aristóteles en esta cuestión. La armonía y la estructura de estos quince libros es elegante y peculiar en esta Biblioteca, con una cubierta de cuero azul bellamente adamsada en oro, con herrajes y refuerzos angulares, bullones de plata realizados muy artísticamente. Fray José de Sigüenza prometió un índice más numeroso del resto del material literario que es muy abundante en esta Biblioteca; no sé si lo editó; bien pudo hacerlo en los más de treinta años transcurridos después de que su historia (de la Orden de San Jerónimo) se publicara y de que hiciera su promesa, pero quizá la muerte se lo haya impedido.

Capítulo VII. Otros ejemplares únicos conservados en la Biblioteca Regia

1. José de Sigüenza, al que antes alabábamos, sin duda no habría dejado de referir algunos ejemplares que yo añado cuando escribí su historia de la Orden de San Jerónimo, aunque reconoce que ha dejado de lado muchos de propósito. En primer lugar están aquí dos códices originales de las obras de Santa Teresa de Jesús, escritos por su propia mano y editados después: es una cosa digna de que se hiciera una mención particular. Igualmente una Jerusalén antigua y sus alrededores en relieve de tal extensión que las particularidades de las construcciones y del territorio adyacente han quedado impresos con mucha exactitud y detalle, que ayudan no poco para concebir las imágenes de esas mismas cosas.

2. Allí mismo está depositado el primer estandarte de Selím (II), emperador de los turcos, tomado en la victoria de Lepanto, que Juan de Austria logró muy gloriosamente sobre el immortal enemigo de la Cristiandad; es memorable y no ajeno a la presente exposición lo que sucedió entonces cuando llegó aquí la noticia. En el año mil quinientos sesenta y uno, ocho días después de la fiesta de Todos los Santos, el rey Felipe II, con su acostumbrada piedad, asistía a los rezos vespertinos en medio del coró cuando Pedro Manuel, uno de los camareros del rey, entró saltando de júbilo y manifestando en su rostro y en su gesto la alegría que albergaba su ánimo por la repentina noticia. Dijo: «He aquí, rey, al enviado de Don Juan de Austria, mensajero de una brillante victoria». El magnánimo soberano no se alteró en nada, con igual expresión, apariencia y tranquilidad de ánimo, la misma majestad en su rostro (que es propio de los soberanos de la Casa de Austria, sea cual sea el suceso que haya acaecido, alegre o triste), terminadas las sagradas vísperas, llama al prior del monasterio y manda que se cante el himno *Te Deum laudamus*, un himno eucarístico de la Iglesia, y un epinicio, después elige una oración por el feliz resultado de la empresa para la mañana del día siguiente y para la tarde en honor de los muertos; para el segundo día, una solemne ceremonia religiosa expiatoria por las almas piadosas de los muertos en aquella guerra, un singular ejemplo de la piedad del rey y un piadoso reconocimiento de la

victoria como recibida de Dios; el recuerdo de ello y primer botín fue aquel estandarte turco que los bárbaros consideraban más sagrado que ninguna otra cosa. Cuentan que se vio desde el santuario de la Meca que (si placía a los dioses) los turcos vencerían con este estandarte. Está hecho de algodón y lino; la forma es de una media cortina de dormitorio, hay letras árabes escritas en uno y otro lado, la mayoría de las cuales son de oro; muchos círculos, rombos, cuadrados y triángulos según la superstición de este pueblo, que evita las imágenes de seres vivientes. El texto está compuesto de nombres variados de la divinidad. Ese malvado y esos inmundos seguidores de Mahoma le pusieron ese Texto deliberadamente para darle un carácter de sacralidad, para que se respetara y estuviera más seguro. Tengo en mi poder la traducción del árabe al español de la biblioteca de Lucas Torres. El rey quiso especialmente que se conservara aquí este estandarte junto con los faros del buque insignia para memoria eterna de que había recibido en este monasterio la noticia de la victoria.

3. En este mismo recinto se conserva la biblioteca de Muley Sidan, rey de Marruecos y de Fez, que consta en gran parte de manuscritos árabigos llegados aquí por una maravillosa coincidencia. FIN un suceso admirable.

Aurora MIGUEL ALONSO
Asunción SANCHEZ MANZANO
Madrid